

El nuevo realismo. La presencia del pasado.

*Marta Bronisława Duda
Universidad Nacional de Cuyo*

Resumen

Los avances del realismo se han convertido en un tema dominante de los actuales debates sobre teoría de la historia. El idealismo lingüístico del último cuarto del siglo XX, ubicado en la línea de la tradición hermenéutica, había definido a la historiografía como una tarea de representación textual. El contacto con la realidad se redujo a la atribución de significados y el pasado en cuanto tal se transformó en ausencia, en un lugar inaccesible. Los textos pasaron a sustituir al mundo exterior. Como reacción a este narrativismo radical de carácter metafórico, y, en respuesta a la sentida necesidad de establecer la reconexión con el pasado y de superar la autorreferencialidad textual, ha surgido un nuevo realismo, que procura recolocar a la ontología en el centro de la reflexión teórica.

En su versión más reciente, el nuevo realismo dedicado a rescatar la entidad del pasado ha centrado su atención en la “presencia” del pasado. El término “presencia” se está convirtiendo en la consigna principal de una nueva conceptualización, basada en un discurso teórico alternativo, no hermenéutico, que está desplazando la atención hacia el estatuto ontológico de la historia. En este trabajo se presentan las principales hipótesis que, desde diversos ángulos, adhieren a este nuevo giro teórico. La presentificación del pasado ha comenzado a ser sostenida por diversas líneas argumentativas que apelan a la dimensión material, a la noción de autenticidad y a la producción de la presencia mediante el lenguaje.

Palabras clave: teoría de la historia, narrativismo metafórico, nuevo realismo, presentificación del pasado.

Abstract

The advances of realism have become a dominant issue in current debates on history theory. The linguistic idealism of the last quarter of the twentieth century in line with the hermeneutic tradition had defined historiography as a task of textual representation. Contact with reality was reduced to the attribution of meaning and the past itself becomes absence, in an inaccessible location. The texts came to replace the outside world. In reaction to this radical narrative with a metaphorical character, and in response to the perceived need for reconnection with the past and to overcome the textual self-referenced, a new realism has emerged, which seeks to relocate the ontology in the center of the theoretical reflection.

In its latest version, the new realism dedicated to rescuing the past entity has focused on the "presence" of the past. The term "presence" is becoming the main slogan of a new concept based on a not hermeneutical alternative theoretical discourse, which is shifting attention to the ontological status of history. In the present work, the main hypotheses, introduced, from various angles, adhere to this new theoretical rotation. The past presentification has begun to be supported by different lines of argument appealing to material dimension, to notion of authenticity and production of presence through language.

Keywords: history theory, new realism, presentification, metaphoric narrativism

I

La tradición hermenéutica de la cultura occidental concedió a la interpretación, entendida como la identificación y/o atribución de significados a las cosas del mundo, un lugar medular en la práctica de las humanidades. La posición interpretativa fue planteada desde la temprana modernidad. Su prolongada y ascendente trayectoria ha sido trazada por el racionalismo cartesiano, el historicismo neokantiano, la fenomenología, el constructivismo, el nuevo historicismo, el giro lingüístico.

Cuando René Descartes definió la existencia humana como *res cogitans*, subordinó la existencia de todas las cosas del mundo a la *res extensae* de la mente. La búsqueda de significados se relacionó con la subjetividad, con la identificación de un sujeto fundamentalmente observador y pensante dedicado a dominar y transformar el mundo mediante acciones basadas en la interpretación. El idealismo cartesiano identificó al ser humano con la razón, “con la consiguiente disociación entre la existencia humana y el espacio y la existencia humana y la sustancia”.¹

A fines del siglo XIX Wilhelm Dilthey y sus seguidores federaron a las disciplinas humanísticas o “ciencias del espíritu” en torno al procedimiento y objetivo fundamental de la interpretación. La hermenéutica pasó a convertirse en una rama filosófica concentrada en las técnicas y condiciones de la interpretación. Las ciencias humanas fueron definidas como disciplinas interpretativas, en tanto que el historicismo reafirmaba su posición netamente antisustancialista. En el campo de la historiografía se abría un nuevo espacio para la reflexión epistemológica bajo el nombre de “filosofía crítica o analítica de la historia”, correspondiente a un giro crítico del conocimiento histórico sobre sí mismo, que habría de imponerse en adelante como la forma principal de la teoría de la historia. La influencia institucional de Dilthey coincidió con el entusiasmo que despertó el estilo introspectivo de la fenomenología. En una polémica confrontación con las ciencias naturales convencidas de poder “alcanzar” las cosas del mundo, el filósofo Edmund Husserl sostuvo que los objetos que están fuera de la mente humana son simplemente inalcanzables.² La fenomenología se concentró en describir los mecanismos mediante los cuales la mente humana produce o construye visiones del mundo. Las bases del constructivismo estaban echadas.

¹ GUMBRECHT, H.: *Production of Presence. What meaning cannot convey*. California, Stanford University Press, 2004, p.66.

² Cf. FERRATER MORA, J.: *Diccionario de Grandes Filósofos*, 2 vol., Madrid, Alianza Ed., 1986.

La práctica historiográfica vanguardista del siglo XX focalizó su interés en las construcciones sociales de la realidad, una de cuyas expresiones más llamativas fue la historia de las mentalidades. Asimismo incorporó un constructivismo moderado (o realismo constructivista) en las operaciones metodológicas, fundadas en la premisa de que la historia es un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos. La historia, al igual que todo conocimiento científico, fue definida como una construcción intelectual, en la cual el sujeto interfiere sobre el objeto a partir de teorías, conjeturas hipotéticas, perspectivas conscientes, de manera tal que va creando su propio objeto de estudio. Pero si bien los historiadores destacaron su facultad de construir, problematizar y proyectar su subjetividad en el objeto de investigación, no llegaron a disociar el conocimiento de la realidad. El objetivo del movimiento plural de las “nuevas historias” no era adoptar el punto de vista hermenéutico de la explicación comprensiva sino alejarse de la escuela metódica y hacer prevalecer la científicidad del discurso histórico renovado por las ciencias sociales.

Fue hacia los años 1970 y 1980, en el contexto del pensamiento postmoderno, cuando el nuevo historicismo y el giro lingüístico extremaron el constructivismo afianzando el dominio exclusivo de la interpretación. El peso de la hermenéutica fue tal que condujo a la pérdida de toda referencialidad con respecto a la realidad exterior al discurso. La interpretación se convirtió en el único medio posible para contactarse con la realidad. Gianni Vattimo definió al mundo como un conflicto de interpretaciones, como un lugar donde no hay más hechos, solamente hay cabida para las interpretaciones.³ Al postular que la narración configura lo real mediante la construcción de significados, el idealismo lingüístico otorgó al lenguaje un valor performativo. Se pasó de la búsqueda a la atribución de los significados. Había llegado, en términos de Jacques Derridá, la “era del signo”.

³ VATTIMO, G.: *Beyond Interpretation: The meaning of Hermeneutics for Philosophy*. California, Stanford University Press, 1997, cit. en GUMBRECHT, H. Op. cit., p.160.

El constructivismo adquirió una forma nominalista que condujo a la indistinción entre verdad y ficción, entre realidad e imaginación. La historiografía fue entendida como una tarea de representación textual, en la cual el significado concierne al texto y no a la realidad, y se logra mediante un acto configurante, es decir, mediante la imposición de una forma discursiva a los eventos del pasado. Se llegó a la conclusión de que sin interpretación no hay pasado. Desde la perspectiva de su original poética de la historia, a la que denominó *Metahistory*, Hayden White ⁴ sostuvo que la historia es ante todo una estructura narrativa y que al mundo perdido del pasado solamente se puede acceder mediante la construcción imaginativa del autor. La importancia primordial que otorgó al nivel interpretativo en la organización de la realidad y en la producción de significados lo llevó a ubicar a la historiografía en el espacio de la ficción, junto al mito, la novela y la filosofía especulativa. Frank Ankersmit fue aún más lejos al afirmar el estatuto ontológico del lenguaje narrativista. Frente a la declarada ausencia del pasado, sostuvo que la historiografía produce objetos lingüísticos (*narrative substances*) “capaces de funcionar en el literal sentido de la palabra como sustitutos del pasado al que aspiran reemplazar”.⁵ Lo que se negaba era la existencia de una realidad objetiva más allá del discurso, de un pasado independiente de las representaciones lingüísticas.

Las dimensiones de la percepción y la referencia fueron excluidas de una epistemología desvinculada de la realidad. En palabras de Michael Bentley “el pasado en cuanto tal se transformó en ausencia, en la nada, en una página sobre la cual se puede escribir, en un lugar de sueños e imágenes”.⁶ Para Hans Ulrich Gumbrecht esta visión, manifiestamente antisustancialista, condujo a la “pérdida del mundo”, a la

⁴ WHITE, H.: *Metahistory: the Historical Imagination in the Nineteenth Century Europe*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1973.

⁵ ANKERSMIT, F.: “Replay to Professor Zagorin”. En *History and Theory*, 28, 1990, p.291.

⁶ BENTLEY, M. “Past and Presence: Revisiting Historical Ontology”. En *History and Theory*, 45, October 2006, p.349.

sensación nostálgica de “no estar más en contacto con las cosas del mundo”.⁷ Tanto se preocuparon, los teóricos de la historiografía, en revisar las bases epistemológicas del trabajo histórico que perdieron de vista su objeto. Para el despertar crítico, esto implicó nada menos que la “desaparición de la historia”.⁸

II

La reacción teórica contra el determinismo lingüístico comenzó a manifestarse en la década de los noventa, en abierta oposición a la noción según la cual los textos sustituyen al mundo exterior como objeto de conocimiento. El constructivismo radical, unido al escepticismo y al relativismo, fueron perdiendo su vigor. El descontento frente al papel central y exclusivo de la interpretación comenzó a ser expresado por numerosos humanistas. El realismo en sus diversos matices, después de haber sido combatido o desdeñado durante buena parte de la época contemporánea, volvió a cobrar importancia. En el campo historiográfico comenzó a hablarse de un “nuevo realismo” o “realismo práctico”, que respondía a la urgencia de restablecer el contacto con la realidad. Las limitaciones intelectuales del giro lingüístico fueron señaladas por sus mismos seguidores. Desde el ámbito de la crítica literaria, Gumbrecht reconoció

no haber encontrado mucho sentido en el existencialismo lingüístico de la reconstrucción, o sea, las sostenidas quejas y melancolía (en sus infinitas variaciones) en torno a la presunta incapacidad del lenguaje humano para referirse a las cosas del mundo.⁹

⁷ GUMBRECHT, H. Op. cit., p.49.

⁸ APPLEBY, J., HUNT, L. y JACOB, M.: *La verdad sobre la historia*. Barcelona, Andrés Bello, 1998, p.298.

⁹ GUMBRECHT, H.: “Presence Achieved in Language (With Special Attention given to the Presence of the Past)”. En *History and Theory*, 45, October, 2006, p.318.

El historiador Lawrence Stone, quien en su defensa pionera a la vuelta de la narración había denunciado las aporías de las actitudes cientificistas y estructurales, advirtió, a principios de los noventa, sobre la

trampa narrativa que desvirtúa a la historia cuando se acepta que no existe una realidad externa, que todo es creación subjetiva del autor y que el lenguaje es el que crea sentido y significado.¹⁰

La clave del disentimiento se centró en la defensa de la referencialidad, condición sin la cual la historia se convierte en un discurso arbitrario. El concepto posmoderno de la autorreferencialidad textual, basado en la intención de reducir la historia al puro lenguaje o a la pura interpretación sin posibilidades de acceder a la dimensión del pasado, había puesto en duda la objetividad del saber y la posibilidad de lograr cualquier conocimiento seguro. Las crecientes objeciones esgrimidas frente a la pérdida de toda referencialidad abrieron paso hacia la revaloración de una actitud más realista y a la vez sustancialista, que si bien proclama haber asimilado ciertos elementos del postestructuralismo, lo trasciende en el afán de reconocer como premisa fundamental la existencia real de un pasado cognoscible.

No es (sólo) el “significado” lo que queremos –proclama Eelco Runia- sino algo más, algo que también es fundamental, algo que está fuera de la epistemología de la historia, que es propio de las sociedades, lo que buscamos con vehemencia es el contacto con la realidad histórica.¹¹

Desde mediados de los años noventa, ha ido apareciendo una serie de obras cuyos títulos son elocuentes:

¹⁰ STONE, L.: “History and Post-Modernism”. En *Past and Present*, 131, 1991, pp. 217-218.

¹¹ RUNIA, E.: “Presence”. En *History and Theory*, 45, October 2006, p.4.

Real History: Reflections on Historical Practice de Martin Bunzel; *The killing of History: How Literary Critics and Social Theorists are Murdering our Past* de Keith Windshuttle; *In defense of History* de Richard J. Evans; *Telling the Truth about History* de las norteamericanas Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob. La tesis principal de estos autores está dirigida a enfatizar la realidad y cognoscibilidad del pasado, lo cual no les impide valorar los procedimientos narrativos y comprensivos utilizados en el discurso histórico o admitir que toda historia es provisoria y reconocer que el saber científico supone controversias permanentes entre los historiadores. Appleby, Hunt y Jacob denominan “realismo práctico” a esta versión modificada y más reciente del conocimiento histórico:

La comprensión contemporánea de la génesis del conocimiento requiere un realismo diferente, más matizado, menos absolutista que el postulado de un realismo anterior y, diríamos, más ingenuo. La nueva versión- conocida como realismo práctico- supone que la significación de las palabras no se aloja sencillamente “en la cabeza” ni se adhiere a los objetos congelándolos para siempre. Las convenciones lingüísticas son la respuesta verbal a cosas ajenas a la mente, propuestas por seres dotados de imaginación y entendimiento. La estructura gramatical es un artificio lingüístico pero significativo, que se ha desarrollado mediante la interacción con el mundo objetivo.¹²

A diferencia de los relativistas, el realismo práctico afirma que las palabras y los discursos, más allá de las imprecisiones e imperfecciones, resultan del contacto con el mundo.

El filósofo francés Paul Ricoeur sitúa el discurso histórico en una tensión que le es propia entre identidad narrativa y

¹² APPLEBY, J., HUNT, L. y JACOB, M.: Op. cit., pp.130-231.

ambición de verdad.¹³ Si bien reconoce a la historia como práctica discursiva, como escritura, se opone a la indistinción entre ficción e historia. A pesar de la proximidad, subsiste entre ambos géneros un corte epistemológico fundado en la aspiración a la veracidad propia del compromiso del historiador con el pasado. Este ancestral contrato de verdad, proclamado desde sus orígenes por los clásicos griegos, es el que sustrae a la historiografía de la tesis del giro lingüístico, que consideró la textualidad en un corte radical con respecto a todo referente. La “operación historiográfica”, como la bautizó Michel de Certeau, participa del género literario al utilizar procedimientos narrativos y recurrir a figuras retóricas, asimismo maneja versiones múltiples y competitivas del pasado; pero lo que distingue la tarea de los historiadores son las operaciones metodológicas y demostrativas como asimismo la aportación de pruebas que constituyen el sustento de su científicidad. Como lo advierte Roger Chartier,

el historiador tiene la tarea de dar un conocimiento apropiado, controlado de esa “población de muertos”, personajes, mentalidades, precios, que es su objeto. Abandonar esta pretensión, acaso desmesurada pero fundadora, sería dejar el campo libre a todas las falsaciones y a todos los falsarios.¹⁴

El sesgo narrativo o “razón narrativa”, inherente a la historiografía, no se contrapone ni invalida la búsqueda de lo verdadero, que vincula al investigador con su objeto. Como lo expresa John Lewis Gaddis

los artistas, si lo desean, pueden suspender sus personajes en el aire. Los historiadores no

¹³ RICOEUR, P.: *Tiempo y Narración*, t.1, Madrid, Cristiandad, 1987, pp.169-170.

¹⁴ CHARTIER, R.: artículo en *Le Monde*, 18 de marzo de 1993, cit. en DOSSE, F.: *La Historia: Conceptos y Escrituras*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2003, p.129.

pueden hacer eso: sus personajes tienen que haber existido en la realidad. Los artistas pueden coexistir con sus personajes y modificarlos si les place. Los historiadores nunca pueden hacer eso: pueden modificar las representaciones de un personaje, pero no el personaje en sí mismo.¹⁵

La tarea histórica implica “tanto una visión artística como sensibilidad científica”. Es una tarea compleja y mixta y es por ello que los historiadores han aceptado de buen agrado la idea de una “ciencia histórica narrativa” o “narración científica” para definir su *métier*. Las estructuras discursivas no impiden la capacidad historiográfica de conocer más cosas del pasado.

La orientación hacia una actitud más realista, coincide con la reciente e intensa revaloración de la memoria, noción rectora en el continuo afán de llegar a reconstrucciones y recuperaciones étnicas, políticas y culturales que caracteriza al mundo contemporáneo. El concepto ha dado lugar a abundantes reflexiones historiográficas, políticas y filosóficas. Ricoeur, en su análisis fenomenológico de la memoria, ha establecido la diferencia entre imaginación y memoria en la esfera de la intencionalidad. Distingue dos intencionalidades diferentes: lo fantástico o lo posible como objetivo de la imaginación; la realidad anterior, como el objetivo de la memoria. La memoria tiene una dimensión epistemológica *veritativa*:

no tenemos nada mejor que la memoria para garantizar que algo ocurrió antes de que nos formásemos el recuerdo de ello. La propia historiografía – digámoslo ya – no logrará modificar la convicción, continuamente zaherida y continuamente reafirmada, de que el referente último de la memoria sigue siendo el pasado, cualquiera

¹⁵ GADDIS, J.: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 68.

que pueda ser la significación de la “paseidad” de pasado.¹⁶

Al recordar es cuando el hombre aprende el concepto de pasado pues se supone que lo recordado fue anteriormente percibido en su existencia. Gracias a la memoria el ser humano sabe que el pasado existió. La memoria “presenta” el pasado. Es lo que queda cuando el pasado se ha esfumado. “La memoria es vida” dice Pierre Nora, se enraiza en hechos concretos, en espacios, gestos, imágenes, objetos. Es un fenómeno siempre actual que nos vincula a un eterno presente. La memoria es espontánea y absoluta, mientras que la historia es un discurso deliberado, que trata de establecer críticamente la “verdadera” memoria.

En las sociedades contemporáneas se ha despertado un entusiasmo por recordar, que ha sido definido por Alain Badiou como una verdadera *passion du réel*.¹⁷ Pruebas de esta pasión son las consecutivas olas de “nostalgia cultural”, la popularidad sin precedentes de nuevos estilos en la presentación de museos, los debates sobre la imposibilidad de las sociedades de subsistir sin memoria histórica. Jacques Revel observa que se está procediendo a una “empresa conmemorativa proliferante y multiforme”, a una producción de la memoria que se presenta en tres modalidades: la primera, tal vez la más visible, es la conmemoración, que multiplica las ocasiones de celebrar hechos del pasado; una segunda forma, igualmente patente, es la patrimonialización (el patrimonio como presente historizado) unida a proyectos arquitectónicos, archivísticos y museográficos, que considera el conjunto de las huellas infinitamente diversas de las experiencias pasadas como un tesoro urgente para conservar y proteger; la tercera forma es la proliferación de memorias privadas, familiares, grupales e individuales que se suman a las de los grupos sociales y minorías étnicas en la

¹⁶ RICOEUR, P.: *La Memoria, la Historia, el Olvido*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 22.

¹⁷ BADIOU, A.: *Petit manuel d'inesthétique*. Paris, Senil, 1998, cit. en RUNIA, E.: Op. cit., p.5.

búsqueda de sus identidades.¹⁸ Hay tantas memorias como grupos; la memoria es naturalmente múltiple y a la vez específica, colectiva, plural y asimismo individual.

En los últimos años la escritura histórica está viviendo “el momento de la memoria”. Se asiste a una verdadera avalancha de libros y artículos sobre monumentos, recuerdos, remembranzas, conmemoraciones; se editan publicaciones periódicas temáticas entre las que se encuentra *History and Memory*. Renovadas formas historiográficas como la historia oral, la historia de las identidades, la historia inmediata o la historia reciente, para las cuales la memoria constituye un soporte esencial, se encuentran en pleno crecimiento. Una fuente de inspiración en este movimiento lo constituye el inmenso proyecto de Pierre Nora y sus ciento treinta colaboradores sobre *Les Lieux de mémoire*, publicado entre 1984 y 1992. En la introducción, Nora declara que “el método consiste en un concentrado análisis de los objetos específicos que codifican, condensan y anclan la memoria nacional de Francia”.¹⁹ Los lugares de la memoria comprenden monumentos, emblemas, conmemoraciones y símbolos (la bandera tricolor, la Marsellesa); rituales (la coronación de los reyes en Reims); manuales (libros escolares, diccionarios); textos básicos (el Código Civil); nombres y conceptos (por ejemplo “libertad”, “igualdad”, “fraternidad”); memorias individuales y colectivas; lugares y pueblos. Al identificar y explicar las memorias compartidas por los franceses – aquello que constituye su particular patrimonio – la obra procura recuperar la identidad colectiva elaborada durante ochocientos años. La expresión “lugar de memoria” ha entrado en la lengua común para designar todo aquello que es importante salvar del olvido o de la destrucción.

¹⁸ REVEL, J.: *Un Momento Historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, pp.271-273.

¹⁹ NORA, P.: “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. En *Representations*, 26, California University Press, 1989, p.25.

Otro concepto que remite a la captación de lo real es el de “experiencia”, crucial en el psicoanálisis y en el enfoque existencial de la filosofía. En historiografía, las experiencias presentes y de las generaciones anteriores hacen, según observa Eelco Runia “que se vuelva lógicamente imposible probar que ciertas cosas no existieron”.²⁰ El enfoque experiencial ha dado lugar a una nueva versión sobre la naturaleza del testimonio, el cual no sólo transmite información sobre los hechos sino que es testigo de la experiencia, sobre todo en el caso de las experiencias traumáticas ocurridas en acontecimientos históricos extremos.

III

En su versión más reciente, el nuevo realismo gnoseológico está desplazando la atención desde la epistemología hacia la ontología en un movimiento que se opone a la centralidad de la hermenéutica y el constructivismo. Propone repensar la ontología histórica reivindicando la existencia y la importancia de la realidad, de la materia del conocimiento puesta entre paréntesis durante mucho tiempo. No se trata de un simple retorno al realismo ingenuo de fines del siglo XIX, que pretendía que los hechos hablaran por sí mismos, sino de un realismo “más sofisticado y fresco”, cuyo objetivo es reconceptualizar el pasado como alternativa viable de la representación lingüística. Constituye un nuevo giro en la filosofía de la historia que está marcando el paso de un pasado inevitablemente ausente a la conceptualización de su presencia. En abierto desafío al estatuto exclusivo de la interpretación y los significados atribuidos por el sujeto a las cosas, se están imponiendo nuevos conceptos, polémicamente opuestos al constructivismo, que revelan un lenguaje básicamente sustancialista: “presencia”, “producción de la presencia”, “materialidad”, “hermenéutica material”, “realidad”, “ser”. Todos son indicadores de un discurso que procura recobrar la cercanía existencial con la realidad.

²⁰ RUNIA, E.: Op. cit., p.3.

Entre el repertorio de estos conceptos no interpretativos, “presencia” se ha convertido en la nueva palabra clave que concita la atención de los ambientes intelectuales renovados. “En un mundo saturado de significados e interpretaciones, lo que extrañamos por contraste – proclama Grumbrecht – son los fenómenos e impresiones de la presencia”.²¹

Su alcance es discutido en foros académicos, donde el término es utilizado con gran libertad, “democráticamente”, sin que se le atribuya un significado único ni preciso. En tensión con el constructivismo, se está convirtiendo en un tema filosófico que resume la aspiración hacia una nueva perspectiva teórica.

Se trata de un retorno ontológico que ha roto con el convencionalismo posmoderno, según el cual los conceptos y argumentos son antisustancialistas. En contrapunto, establece conexiones con la tradición aristotélica basada en la premisa de que “las cosas “son” lo que fueron y donde fueron” y, por lo tanto, la sustancia y el espacio son pertinentes e ineludibles. Martin Heidegger constituye otra fuente principal e inspiradora. Los promotores del neorealismo se apoyan en el concepto heideggeriano “ser en el mundo”, al que consideran esencial por su aproximación a la sustancialidad y su cercanía a la idea de presencia: “es el concepto perfectamente adecuado para las reflexiones y análisis que intentan recuperar los componentes presentes en nuestra relación con las cosas del mundo”.²² Ambas nociones - “ser en el mundo” y “presencia” - implican sustancia, ambas se relacionan con el espacio y se asocian al movimiento. El ser pertenece a las cosas del mundo, ocupa espacio, puede ser percibido y es además un ser en el tiempo. La existencia humana (*dasein*) es parte de las cosas del mundo,

²¹ GUMBRECHT, H.: *Production of presence...cit.*, p.105. Reafirma los puntos de vista de STEINER, G.: *Real Presence*. Chicago, 1989; NANCY, J.: *The Birth of Presence*. Stanford, 1993; Karl Heinz BÖHRER, K.: *Ästhetische Negativität*. Munich, 2002.

²² GUMBRECHT, H.: *Production of presence...cit.*, p.105. Reafirma los puntos de vista de STEINER, G.: *Real Presence*. Chicago, 1989; NANCY, J.: *The Birth of Presence*. Stanford, 1993; Karl Heinz BÖHRER, K.: *Ästhetische Negativität*. Munich, 2002.

no está separada ontológicamente sino que está en un contacto sustancial, espacial y funcional con el mundo. Heidegger se opuso a la divergencia entre la existencia humana y el mundo, entendida como la pérdida intelectual del mundo fuera de la conciencia humana. De modo que las cosas “son” independientemente de las interpretaciones.²³

Gumbrecht, en su obra *Production of Presence*, establece una tipología binaria mediante la cual distingue los “significados culturales” de las “presencias culturales”. El significado cultural está ligado a la subjetividad, pues es el sujeto observador quien atribuye significados a las cosas. Interpretación y comunicación se constituyen en los medios de apropiación del mundo. De acuerdo al pronunciamiento del giro lingüístico, el lenguaje se distancia de la presencia. En cambio la presencia cultural se relaciona con el “ser en el mundo” de Heidegger. Restablece el contacto con las cosas, considera la existencia humana en su unidad ontológica con el mundo e integra la dimensión física con la espiritual.

Para la nueva tendencia la interpretación sola no basta ya que no hace justicia a la dimensión de la “presencia”, en la cual los fenómenos y eventos culturales se vuelven tangibles e impactan en los sentidos y cuerpos. La relación humana con las cosas (y específicamente con los artefactos culturales) no se reduce a la mera atribución de significados. El ser humano vive y es consciente de su relación espacial con las cosas. Las cosas pueden estar “presentes” o “ausentes”, y, si están presentes, pueden estar más cerca o más lejos. Lo “presente” en su sentido original proviene del latín de *prae-esse*: es lo que está frente a nosotros, a nuestro alcance y es tangible. Presencia es estar en contacto – tanto literal como figurativamente – con la realidad. Define la existencia espacio temporal de objetos físicos y eventos. Es compartir la existencia con gente, cosas, eventos y sentimientos que convierten a las personas en lo que son.

²³ HEIDEGGER, M.: *Being and Time*. Oxford, Blackwell, 1962, cit. en BENTLEY, M.: Op.cit., p.252.

Eelco Runia define a la presencia como “el modo no representacional según el pasado se encuentra presente en el presente”.²⁴ Esta presencia está siendo explicada por los nuevos teóricos de la ontología desde ángulos diversos. Las perspectivas más destacadas parten de la dimensión material, del concepto de autenticidad y desde la “producción de la presencia” en función del lenguaje.

Hacia fines de los años noventa surge un acentuado interés por la presencia material del pasado ligado a la tendencia definida como “retorno a las cosas”. En una nueva perspectiva, indicadora del rechazo hacia la semiótica y hacia las teorías del discurso y la representación, los estudios se centran en la materialidad de las cosas, a las que consideran como objetos de referencialidad. Se destaca el carácter ontológico de las huellas del pasado y su función mediadora entre la gente y las cosas. Ewa Domanska, en su trabajo *La presencia material del pasado*²⁵, fundamenta esta orientación en la crítica a la supremacía del antropomorfismo en desmedro de los otros seres orgánicos y de las cosas materiales; en el rechazo a la dicotomía entre materia y espíritu; en el interés por las identidades, pues considera que las cosas participan en la creación de las identidades humanas. Este renovado “encanto hacia las cosas” tiene su propia tradición y se lo puede colocar en la línea de la historia de la cultura material. Pero lo que distingue a los nuevos estudios materiales es que acentúan el hecho de que las cosas no solamente existen sino que actúan y poseen un potencial performativo. La función de las cosas en la vida social es variada: refuerzan o cambian las identidades humanas, ya sea a nivel individual o colectivo (reliquias, vestimentas, ornamentos); conectan a las personas (medios de comunicación); reúnen a la gente (iglesias, salas de concierto, supermercados); solidifican relaciones interpersonales. El antropólogo francés Bruno Latour y el arqueólogo noruego Bjornar Olsen, en una declarada y enfática “defensa de las cosas”, coinciden en afirmar que

²⁴ RUNIA, E.: Op.cit., p.1.

²⁵ DOMANSKA, E.: “The Material Presence of Past”. En *History and Theory*, 45, October 2006, pp. 337-348.

también los objetos construyen los sujetos.²⁶ Al mismo tiempo se está consolidando una hermenéutica material como extensión de la hermenéutica textual. Según Don Ihde,²⁷ conocido representante de los *tecnoscience studios*, esta nueva atribución de la hermenéutica cancela, una vez más, la clásica división de Dilthey entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Nuevas técnicas e instrumentos científicos habilitan la percepción de aspectos de la realidad aparentemente invisibles y silenciosos. Las cosas (entre las que se incluyen los restos humanos) tienen su lugar en el discurso histórico, son parte de la realidad y poseen sus propias voces.

Domanska define por “cosa” a la entidad que tiene existencia material, una real y concreta sustancia con identidad, y existe en el tiempo y en el espacio. Es la dimensión tangible del pasado, basada en la evidencia, que sustenta la idea de que el pasado puede ser “visitado” en el presente. Hay un pasado que está ahí, tangible en el espacio y múltiple en sus manifestaciones. Está presente en los monumentos, edificios, ciudades, paisajes de campo, todos los cuales han sido teatros de eventos históricos. Los lugares son presencia, son repositorios del tiempo que hablan sobre las cosas que allí han ocurrido. Pueden ser “visitados” en el plano del presente y yacen abiertos para ser examinados. La historia también está presente en las instituciones que ordenan la vida de los hombres. Eelco Runia remite a Juan Bautista Vico, el “filósofo del espacio”, quien sostuvo que la Providencia ordenó a la gran ciudad humana mediante instituciones que son eternas y universales.²⁸ Los archivos son otra forma de contacto directo con la realidad, o al

²⁶ LATOUR, B.: “Why Has Critique Run Out of Steam? From Matters of Fact to Matters of Concern”. En *Critical Inquiry*, 30, 2, 2004, p.231; OLSEN, B.: “Material Culture after Text: Re-Membering Things GUMBRECHT”. En *Norwegian Archaeological Review*, 36: 3, 2003, p. 100, cit. en DOMANSKA, E.: *Ibidem*, pp. 340-341.

²⁷ Cf. IHDE, D.: *Expanding Hermeneutics: Visualism in Science*. Evanston, Northwestern University Press, 1999. Ihde basa sus argumentos en el análisis de “Otzi, el hombre de hielo”, descubierto en los Alpes, al que se le aplicó una serie de instrumentos técnicos para reconstruir su historia.

²⁸ RUNIA, E.: *Op. cit.*, p. 12

menos con sus huellas materiales. También los lugares de los anticuarios reúnen cosas de todos los tiempos y espacios, allí está depositada buena parte de la historia secular, espiritual, cultural. Asimismo están los libros, herramientas, armas, restos de todo tipo, objetos tangibles de referencialidad que satisfacen los deseos físicos de lograr contactos con el pasado. Coleccionar objetos, visitar espacios, caminar por el foro romano, escalar las pirámides, es acceder a la presencia de la historia. Esta ampliación del presente con artefactos del pasado proviene de la ampliación de un presente que no desea dejar atrás al pasado. Surge del propósito de acumular mundos pasados y sus artefactos en una esfera de simultaneidad. “Entre el futuro inaccesible y el “nuevo pasado” que ya no queremos dejar atrás - observa Gumbrecht -, comenzamos a sentir que el presente se está volviendo cada vez más amplio y el ritmo del tiempo se está desacelerando”.²⁹

Los avances de las tecnologías de comunicación constituyen un medio de “producción de la presencia” que ha despertado un inusitado interés por la historia. Proveen efectos mediante los cuales el impacto de la presencia se inicia o intensifica. Desde hace algunas generaciones hay una serie de dispositivos tales como fotografías, películas, videos, documentales, etc., que cumplen la función de formas discursivas visuales capaces de superar y corregir los recuerdos. Contactan a los hombres con el pasado de un modo nunca antes imaginado. Películas como “El nombre de la rosa”, “Amadeus” o “Días de radio” apuntan hacia el creciente deseo de presentificación del pasado. Hay pues un pasado accesible que circula por la sociedad.

Otra línea argumentativa a favor de la presencia del pasado apela a la noción de autenticidad. Lo auténtico es lo acreditado como cierto, fidedigno y real. Constituye una garantía de realidad: las entidades y las cosas son auténticas porque “son”, porque existen. Según Louis Trilling la autenticidad es la palabra que “calma nuestra ansiedad en torno a la credibilidad

²⁹ GUMBRECHT, H.: *Production of Presence...* Op. cit., p. 121.

de la existencia”.³⁰ Reafirma además el sentimiento de pertenencia. Es la noción a la que están recurriendo con asiduidad creciente las teorías antropológicas e históricas ocupadas en afirmar la existencia real de las identidades culturales o nacionales. La existencia de las colectividades nacionales o de las entidades independientes depende de la “posesión” de una cultura auténtica. En las sociedades modernas los “templos” de la autenticidad son los museos que reúnen objetos o piezas culturales que representan a los creadores y poseedores de las culturas. La autenticidad cumple una función básica en el pensamiento ontológico como medio para acercarse a la realidad.

Para Michael Bentley, declarado defensor del retorno ontológico, la autenticidad es una forma de la presencia. En su trabajo *Past and “Presence”: Revisiting Historical Ontology* propone revisar el concepto. En una primera instancia considera que el pasado puede ser evocado en el presente y esta evocación está provista de una dimensión de autenticidad, siempre y cuando se la ubique en el tiempo que corresponde o bien porque narre verdades transtemporales. Evocar es “hacer aparecer”, es contactarse con el pasado, disfrutar del contacto con él. La evocación presentifica el pasado, o más precisamente partes del pasado, que en esos momentos “adquieren una voz, un susurro auténtico”. También la imaginación refleja el ser en el mundo, la presencia en el mundo. Imaginar es el arte de ver las cosas con los ojos de otra época. El mundo temporal imaginado está provisto de autenticidad, con la salvedad, reconocida por Bentley, de que la autenticidad se identifica en este caso más con la verosimilitud que con la verdad.

La dimensión de la autenticidad se hace asimismo evidente cuando el pasado funciona ejerciendo una presión que tiene que ver con su dimensión ontológica. Los eventos del pasado ejercen presión sobre la historiografía mediante los testimonios y mediante la rectificación que en función de las

³⁰ TRILLING, L.: *Sincerity and Authenticity*. Cambridge, Mass., 1971, p.83.

pruebas requiere la elaboración del discurso histórico. La demostración de la autenticidad es un procedimiento tradicional y propio del método histórico. Los historiadores no son totalmente libres para explayarse con sus argumentaciones, aunque esto no significa que el pasado hable por sí mismo tal como lo postulaba el realismo ingenuo. Bentley quiere demostrar, parafraseando a Martin Bunzel,³¹ que “hay formas del pasado que pueden ser encontradas y no necesariamente construidas”. Sostiene que los historiadores deberían descubrir, en su búsqueda de autenticidad ontológica, entidades y secuencias de eventos que “son lo que fueron y donde fueron” y deberían dejar de “secuestrar” eventos de determinadas secuencias para transferirlos en construcciones arbitrarias. La sucesión temporal o estructura diacrónica de los eventos (lo ocurrido antes y después) y las entidades históricas (individuos, instituciones, fenómenos transtemporales de todo tipo) son elementos auténticos y constitutivos que conforman el objeto de estudio de la ontología histórica.

El hecho de que el presente se ve afectado por el pasado constituye una premisa de la historia largamente sostenida. Braudel decía que el noventa por ciento de presente es pasado. Dominick LaCapra³² sostiene que hay una influencia del pasado - que no ha pasado - sobre el presente y el futuro. Millán Puelles en su clásica obra *Ontología de la existencia histórica* afirma que el pasado es “un no ser ya que de algún modo es todavía”.³³ John Lewis Gaddis, en *El paisaje de la historia*,³⁴ obra novedosa donde explora las convergencias entre la historiografía y las ciencias de la naturaleza, observa que al igual que en los campos de la geología o de la biología, también en la historia sobreviven estructuras que se explican a través de los procesos

³¹ BUNZL, M.: *Real History: Reflections on Historical Practice*. London, Routledge, 1997, p.9. cit. en BENTLEY, M.: Op. cit., p.359.

³² LACAPRA, D.: *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 35.

³³ MILLÁN PUELLES, A.: *Ontología de la existencia histórica*. Madrid, Rialp, 1955, p. 44.

³⁴ GADDIS, J.: Op. cit., pp.56-60.

que las han provocado. Si el tiempo y el espacio proporcionan el campo en el que la historia sucede, la estructura y el proceso proporcionan el mecanismo. Por lo tanto es a partir de las estructuras subsistentes como reconstruimos procesos que han tenido lugar en el pasado. Desde la singular óptica del nuevo realismo contemporáneo, Michael Bentley insiste en la continuidad ontológica, sustancial, del pasado en el presente. Sus argumentaciones se apoyan en la afirmación de Heidegger según la cual “parte del pasado está presente en el presente”. Para Bentley, descubrir la presencia del pasado responde a la necesidad profundamente humana e intelectual de “no parar” el pasado.

Teóricos de la literatura afirman que la presencia del pasado puede ser “producida” mediante el lenguaje. Según Gumbrecht, el lenguaje está abierto a las cosas del mundo y bajo ciertas y determinadas condiciones puede inducir a la presentificación del pasado. El objetivo del autor es descubrir dichas condiciones:

lo que más me interesa en el campo de la historia - afirma - es la *presentificación* de mundos pretéritos, esto es, los medios y las técnicas que producen la impresión, o bien la ilusión de que los mundos del pasado pueden volverse tangibles.³⁵

El lenguaje constituye un medio que supera la distancia entre el ser humano y el mundo, “que reconcilia al hombre con las cosas y eventos del pasado”. Gumbrecht explora los diversos modos de convergencia entre presencia y lenguaje. Para ello parte de una fenomenología del lenguaje que abarca desde las dimensiones físicas que afectan nuestros sentidos (volumen, acústica, ritmo) hasta su impacto como experiencia estética, lugar de epifanías y forma autopersuasiva en las experiencias místicas.

³⁵ Cf. GUMBRECHT, H.: *Production of Presence...*, Op. cit.

Las experiencias estéticas ayudan a recuperar las dimensiones espacial y corporal de nuestras existencias, devuelven el sentimiento de estar-en-el-mundo. Para Gumbrecht no hay experiencia estética sin efecto de presencia. Las experiencias estéticas se revelan en los “momentos de intensidad” que se sienten al escuchar el aria de una ópera, contemplar una puesta del sol o leer un poema. Aparecen y desaparecen, por lo tanto no adquieren el estatuto de una conquista permanente, pero previenen de perder el sentimiento o la remembranza de ser parte de las cosas del mundo.

La literatura produce efectos de epifanía (aparición de las cosas). En la experiencia estética la epifanía adquiere la propiedad de un evento, tiene una articulación espacial y un momento temporal, y cuando ocurre, es efímera, sucede de repente y se esfuma. Es un modo de producir presencia en y a través del lenguaje. En las experiencias místicas, el lenguaje como lugar de epifanía adquiere un lugar destacado.

Determinados textos dan lugar a la presentificación del pasado como forma cultural. Muchas obras asignan a los hombres un lugar en cosmovisiones estables que reducen la distancia en el tiempo. El caso más típico es el de los textos sagrados de todas las religiones y el de textos filosóficos de vigencia permanente o al menos prolongada. El tiempo no aparece como un *medium* para el cambio y la presencia del pasado se vuelve tangible. En la historia de la teología cristiana la eucaristía es uno de los ejemplos más esclarecedores. La función de este sacramento es la de hacer presente la última Cena de Cristo. En otra aproximación, Frank Ankersmit³⁶ relaciona la presencia con el mito. Los mitos trascienden el tiempo y el espacio, ponen en evidencia lo que no cambia, lo que está sujeto al eterno retorno. Son omnipresentes y nos retrotraen a los orígenes, a los comienzos del tiempo histórico. Su presencia se verifica en el repertorio cultural de las civilizaciones.

³⁶ Cf. ANKERSMIT, F.: “Presence and Myth”. En *History and Theory*, 45, October 2006, pp.328-336.

Con el propósito de amalgamar el lenguaje con la presencia, Gumbrecht repara en el contacto físico que se lleva a cabo con el pasado a través de la labor filológica. Las prácticas de la filología, tales como el trabajo con papiros egipcios o manuscritos medievales, el coleccionar fragmentos textuales, la pasión por producir ediciones históricas en sus diferentes estilos filológicos, los comentarios eruditos, son todas actividades que presuponen un profundo deseo de adueñarse del pasado, de lograr “presencias”.

La misma historiografía, con su conjunto de textos, tópicos y métodos, atestigua en nuestras conciencias la presencia del pasado. Para la teoría sustitutiva, la escritura histórica compensa la ausencia del pasado, cuyo estatuto ontológico depende o está contenido en la representación. Para el neorrealismo, en cambio, el texto histórico no es simplemente un sustituto del pasado, sino que hace que el pasado se vuelva presente de nuevo. El texto, en cuanto tal, presentifica el pasado, ese tiempo del historiador en que fue concebido.

La producción de la presencia a través del lenguaje también es posible cuando se procede a narrar el pasado en tiempo presente; a utilizar estilos lingüísticos anticuados sin que sean tan remotos como para requerir una traducción formal; a recurrir a tonos o formas que no pertenecen al entorno cotidiano; a proceder al uso analógico del lenguaje; mezclar problemas del pasado con otros tantos problemas irresueltos del presente.

Según Eelco Runia el tropos de la presencia es la metonimia. En tanto que la metáfora es el instrumento destinado a “transferir el significado”, la metonimia está destinada a “transferir la presencia”. La realidad del pasado no está presente en las representaciones metafóricas sino en las metonimias de las cuales nacen los parecidos. Define a la metonimia como la “presencia en la ausencia, no precisamente en el sentido de presentar algo que no está allí, sino también en el sentido de que en la ausencia lo ausente está allí”.³⁷ Es decir, lo que no

³⁷ RUNIA, E.: Op.cit., p.16.

está sigue presente. Literalmente la metonimia es el procedimiento estilístico que consiste en designar una cosa con el nombre de su atributo, complemento u otra cosa con la cual tiene relación. El atributo sustituye la cosa o dicho de otro modo, la parte designa al todo. Es la instancia prototípica de la definición *sobre pars pro toto*. La metonimia está profundamente enraizada en cómo los historiadores piensan, trabajan y escriben. Utilizar las palabras “cetro” por autoridad, “laurel” por gloria, “velas” por flotilla, son ejemplos de procedimientos metonímicos; también lo son expresiones frecuentes tales como “los alemanes odiaron Versailles”, “Francia declaró la guerra” o “los poderes imperiales comenzaron a experimentar con cuerpos consultivos”. La metonimia no es un fenómeno exclusivamente lingüístico. También puede verificarse en la transposición de cosas de un contexto a otro. Hay metonimias no verbales (fotos, ilustraciones, etc.) en contextos lingüísticos, que funcionan como fístulas a través de las cuales el pasado es vertido en el presente. De hecho todos los fósiles o reliquias son metonimias. Los monumentos modernos tienen un significado metonímico muy particular, pues su función no es tanto proveer un relato del pasado sino, “proceder enérgicamente a una presentación de la ausencia en el aquí y en el ahora”.³⁸ Son más cercanos a una reliquia que a una representación. Es el caso de los memoriales con los nombres de los caídos en las guerras y atentados. Hay una especie de transubstanciación que hace que los hechos del pasado se presenten en el plano presente.

Runia agrega a sus consideraciones sobre la metonimia la tesis de la inintencionalidad. Sostiene que la presencia del pasado sobrevive al texto. No reside principalmente en la historia intencional o en el contenido manifiestamente metafórico del texto, sino en lo que el relato y el texto contienen “a pesar” de las intenciones del historiador. Para explicitar su idea, Runia recurre a una original metáfora: “se puede decir que la realidad histórica viaja en la historiografía como un “polizonte”, como un pasajero que no ha pagado”.³⁹ Quiere decir que el texto histórico

³⁸ Ibidem, p. 17.

³⁹ Ibidem, p. 38.

no es simplemente un “sustituto” del pasado ausente, sino que el pasado de alguna manera “atraviesa” el presente, aparece como una especie de polizonte. El pasado puede ser traído hacia el presente mediante la representación histórica como si fuese un *souvenir* de un país extranjero. Es un pasado que está allí, que sorprende y se vuelve presente en el más literal de los significados de la palabra.

En definitiva, para Runia, lo maravilloso del texto histórico no es que, como aduce el representacionalismo, falla en contactarnos con la realidad histórica, sino que, a pesar de su textualidad, de alguna manera, a veces, nos lleva a contactarnos con la realidad. Este contacto no es continuo ni intencionalmente traído por el espejo del historiador, como pretendía el realismo ingenuo, sino que consiste en el hecho de que el pasado aparece sorpresivamente presente en el presente.

* * * *

El nuevo realismo se presenta como una nueva y prometedora orientación de la filosofía de la historia dedicada a rescatar el estatuto ontológico de la historia. En contrapunto al relativismo y a la autorreferencialidad de la teoría sustitutiva promovida por el giro lingüístico, sostiene que la realidad existe y es cognoscible. Propone repensar la ontología otorgándole un lugar primordial en las disquisiciones teóricas, que llegan a considerarla como condición previa de la epistemología. Al reivindicar la existencia y la importancia de la materia del conocimiento, este “retorno ontológico” ha roto con el antisustancialismo posmoderno. La aspiración a lograr la conexión con el pasado se conjuga con el acentuado y contemporáneo interés por los temas de la identidad, la memoria y el recuerdo, que registra la historiografía de los últimos años.

En el contexto de esta tendencia se destaca una línea de avanzada que se ocupa del análisis de la “presencia” del pasado. El término se ha convertido en la nueva palabra clave para los humanistas. No tiene un significado fijo y admite una gran libertad de maniobra en su uso. Su conceptualización es

variada. El aspecto sobre el cual más se ha ahondado es el de la presencia material del pasado. En otro nivel argumentativo, la presencia se relaciona con la noción de autenticidad como garantía de realidad. En el ámbito de los estudios literarios se está explorando con especial énfasis la “producción de la presencia” con el recurso del lenguaje como *medium*. La noción principal es que la presentificación (mediante objetos culturales, instituciones, textos, recuerdos, uso de metonimias, etc.) no se plantea como sustituto del pasado, sino como una repetición o percepción en el presente de acciones previas o artefactos existentes. Es decir que el pasado es “presentado” de nuevo, “traído” literalmente al presente. A pesar de que no es posible un encuentro con el pasado con la intensidad que se querría, se considera que la realidad histórica es capaz, es competente de entrar en contacto con el presente. Por eso Eelco Runia define la presencia como el modo no representacional según el cual el pasado se encuentra presente en el presente.

Cabe advertir que el tema de la presentificación del pasado se encuentra en pleno e inconcluso debate, abierto a formulaciones y precisiones futuras. Hay una serie de aspectos que la nueva propuesta no presupone: no defiende ni aboga por el realismo ingenuo que pretendía reproducir el pasado “tal como realmente sucedió”; no se apoya en la supresión de la subjetividad; no niega la función de la imaginación ni de la evocación; tampoco se opone a la multiplicidad de las creaciones narrativas. Para algunos autores, tales como Ewa Domanska o Rik Peters, constituye la promesa de un nuevo paradigma académico y una nueva actitud intelectual. Sin embargo, la mayoría de los teóricos manifiesta una actitud más conciliadora que radical. Predomina la opinión según la cual el redescubrimiento de los efectos de la presencia, junto al interés por la “nohermenéutica”, la “materialidad de las cosas” y la “producción de la presencia”, no significa eliminar la dimensión de la interpretación ni la producción de significados. La presencia y el significado aparecen juntos y están en tensión. Es difícil separarlos y también es difícil compatibilizarlos. La coincidencia básica que fundamenta a la nueva posición estriba en reconocer que la interpretación sola no hace justicia a la

dimensión de la presencia. Porque hay una parte del pasado que está presente en una continuidad ontológica, literal o figurativa, a la que se puede acceder sin la mediación representacional.

Bibliografía

ANKERSMIT, F.: "Presence and Myth". En *History and Theory*, 45, October 2006.

ANKERSMIT, F.: "Replay to Professor Zagorin". En *History and Theory*, 28, 1990.

APPLEBY, J., HUNT, L. y JACOB, M.: *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1998.

BENTLEY, M. "Past and Presence: Revisiting Historical Ontology". En *History and Theory*, 45, October 2006.

BÖHRER, K.: *Ästhetische Negativität*. Munich, 2002.

DOSSE, F.: *La Historia: Conceptos y Escrituras*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2003.

DOMANSKA, E.: "The Material Presence of Past". En *History and Theory*, 45, October, 2006.

FERRATER MORA, J.: *Diccionario de Grandes Filósofos*, 2 vol., Madrid, Alianza Ed., 1986.

GADDIS, J.: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona, Anagrama, 2002.

GUMBRECHT, H.: "Presence Achieved in Language (With Special Attention given to the Presence of the Past)". En *History and Theory*, 45, October, 2006.

GUMBRECHT, H.: *Production of Presence. What meaning cannot convey*. California, Stanford University Press, 2004.

IHDE, D.: *Expanding Hermeneutics: Visualism in Science*. Evanston, Northwestern University Press, 1999.

LACAPRA, D.: *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

El nuevo realismo. La presencia del pasado

LATOUR, B.: "Why Has Critique Run Out of Steam? From Matters of Fact to Matters of Concern". En *Critical Inquiry*, 30, 2, 2004.

MILLÁN PUELLES, A.: *Ontología de la existencia histórica*. Madrid, Rialp, 1955.

NORA, P.: "Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire". En *Representations*, 26, California University Press, 1989.

OLSEN, B.: "Material Culture after Text: Re-Membering Things GUMBRECHT". En *Norwegian Archaeological Review*, 36: 3, 2003

REVEL, J.: *Un Momento Historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005.

RICOEUR, P.: *La Memoria, la Historia, el Olvido*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

RICOEUR, P.: *Tiempo y Narración*, t.1, Madrid, Cristiandad, 1987.

RUNIA, E.: "Presence". En *History and Theory*, 45, October 2006.

STONE, L.: "History and Post-Modernism". En *Past and Present*, 131, 1991.

TRILLING, L.: *Sincerity and Authenticity*. Cambridge, Mass., 1971.

WHITE, H.: *Metahistory: the Historical Imagination in the Nineteenth Century Europe*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1973.